

En el cocktail de Fundadores

Por JOSE MEJIA Y MEJIA.

En el primer día de nuestra fundación excelsa, flotó el Espíritu de Dios sobre las mentes ávidas de quienes buscábamos químicamente un impoluto ámbito de luz que sirviera de claustro perdurable a la noble impaciencia de nuestros sueños. Hace diez y seis años, la Universidad Pontificia Bolivariana no era una moje física, ni siquiera una modesta residencia o un decoroso habitáculo que permitiera asilar a sus fundadores. Pero sí era una adivinación, un presentimiento, una evidencia, una corazonada, y más que todo esto, la Universidad Bolivariana era una arquitectura interior, como lo sigue siendo hasta el presente, ya que surgió ascensional y vigorosa por la imperceptible fuerza del divino "fiat" que acompaña siempre a las creaciones sobrehumanas.

El nacimiento de la Universidad Pontificia Bolivariana fue gesto gigante y no gesto efímero como lo demuestra su trayectoria fértil, que es opima en frutos nuevos para la cultura universitaria colombiana. Nuestro claustro católico no es en el país una fábrica más de bachilleres y doctores, cuya crítica abundancia demanda ya el control del Estado. Pero no. La fundación pontificia bolivariana tiene un destino nacional superior que le fue escrito y señalado en su partida de bautismo, cuyos principios originales se conservan hoy intactos e inamovibles por obra de rectoría egregia, custodia fiel de las tablas de la ley primordiales. En la piedra nueva que se añade día tras día para elevar y ensanchar la pujante armadura física de nuestro claustro, en vez de una materia inerte, se afirma un postulado, se concreta un pensamiento y se eterniza una convicción. Cada bloque material habla de nuestra fe y les traduce a los hombres nuestra lealtad indesatada al ardor místico de las horas augurales. "Ese pequeño templo que levanté para Hermes, a unos pasos de aquí, — leemos en un hermoso diálogo valeriano —, ¡si supieras lo que es para mí! Ahí en donde el transeunte no ve más que una capilla: cuatro columnas, un estilo muy sencillo — he puesto el recuerdo de un día claro de mi vida—. ¡Oh dulce metamorfosis!".

La Universidad Pontificia Bolivariana clavó sus primeros sillares para levantar en la conciencia de las generaciones nuevas

de Colombia el sentido católico del saber y de la cultura, que le ofrece al mundo enigmático de hoy respuestas precisas para la solución eficaz de sus innumerables conflictivas. ¡Qué singular fuerza espiritual y qué poder luminico encierra el pensamiento de Santo Tomás de Aquino para edificar los mandamientos sociales de nuestro tiempo! La filosofía aquiniana es una doctrina fresca que derrota ágilmente los más audaces catecismos sociales de la izquierda materialista. El dinamismo interior de sus principios proyecta claridades astrales sobre los hechos nuevos y sobre las problemáticas complejísticas de nuestra época. Para las mentes simples que todavía difunden el obtuso prejuicio del "oscurantismo medieval" escribió Gustavo Cohen esta reflexión desafiante: "Las tinieblas de la Edad Media no son sino las de nuestra ignorancia. Una claridad de aurora baña las edades lejanas de nuestra génesis para quien sabe elevar hasta ellas la antorcha del conocimiento del amor y de la confianza en los destinos de la patria".

El estudiante católico bolivariano recibe en nuestro claustro una concepción religiosa del hombre, y fiel a ella, realiza un destino superior en la sociedad y en las relaciones humanas. El concepto religioso del hombre no es otro que la sujeción de nuestra vida y de nuestros actos a las enseñanzas de Cristo, supremo maestro de todas las creaturas. "Todos los males proceden del interior", podríamos decir hoy con la aguda sentencia del Crucificado, y si el mundo nos ofrece ahora un horizonte coagulado de odio, maldición y muerte, la causa de ello no es otra que la tiranía universal de las tres grandes concupiscencias humanas. — concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida —, que impiden la paz de Cristo en el reino de Cristo. No es posible reconstruir a la sociedad sin reedificarnos interiormente y sin devolverle a Cristo la dirección omnimoda de todas las almas. "Solamente Cristo, — dice la Iglesia —, puede alejar los funestos espíritus del error y del pecado que han sometido a la humanidad a una esclavitud tiránica y degradante, haciéndola sierva de un pensamiento y de una voluntad dominados por el ansia insaciable de bienes sin límite. Solamente Cristo que nos ha libertado de la triste servidumbre de la culpa, puede enseñar y allanar el cambio hacia una libertad noble y disciplinada, apoyada y sostenida sobre una verdadera rectitud y conciencia moral. Solamente Cristo, sobre cuyos hombros reposa el principado, con su omnipotencia y su auxilio puede levantar y sacar al género humano de las angustias sin nombre que lo atormentan en el curso de la vida presente, y encaminarlo hacia la felicidad".

En este nuevo aniversario de la fundación de la Universidad Pontificia Bolivariana debemos avivar y reverdecer nuestra fe en el señero destino espiritual, cultural e histórico de este claustro cristiano, ahora más que nunca llamado a cumplir en nuestra patria una heroica misión doctrinal de dilatadas proporciones, para inculcar en las mocedades estudiosas una diáfana filosofía restauradora de los valores morales del hombre y de la sociedad humana, mar-

chitados sobre la tierra por la huracanada lujuria de las codicias materiales. Nuestra ortodoxia es activa y tiene que operar sobre la greda informe de esa realidad cruel, para modelar nuevos hechos espirituales y morales y un orden social cristiano más equilibrado. Recordemos el afilado juicio de Chesterton cuando establece que "la gente ha tomado la necia costumbre de hablar de la ortodoxia como de una cosa común, fácil y vulgar. Pero nada fue jamás tan peligroso, tan incitante como la ortodoxia. Porque es la salud. Y es más dramático estar cuerdo que estar loco. Es el equilibrio del hombre arrebatado al galope por un tiro de caballos desenfrenados, y que parece inclinarse de este lado y enderezarse de ese otro, pero que conserva en cada actitud la gracia de la estatuaría y la precisión de la aritmética".

Después de diez y seis años de existencia prodigiosa, ameritados por la vigilia sin sosiego, por la ascética pasión creadora, y por el tenso esfuerzo coordinado de educadores y educandos, la Universidad Pontificia Bolivariana se muestra hoy como la más empinada ciudadela de la cultura nacional. Su generosa techumbre y su hópote regazo espiritual acogen indiscriminadamente a todos los hijos nuevos de la familia colombiana, porque nuestro nombre de pila nos fija un contenido ecuménico de confraternidad cristiana y bolivariana, toda vez que Cristo y Simón Bolívar alumbran el itinerario de nuestra marcha hacia el imperio victorioso de las verdades eternas que le dan un valor sustancial e imperecedero a esta arcilla terrena, tan frágil como corruptible.